

41

LA BROMA

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

ALFONSO...
1925...

30930

UNIVERSIDAD CENTRAL DE
BIBLIOTECA HAY
"ALFONSO"
Año. 1925 MONTREY, MEXICO

LA BROMA

MEMORIAS DE UN BROMISTA

Vivimos en un siglo en que los bromistas tienen aspecto de enterradores y se llaman: políticos. Ya no se hace broma, buena broma, esa broma alegre y sencilla del tiempo de nuestros padres. Y, sin embargo, ¿hay algo más divertido y gracioso que la broma? ¿Hay algo tan distraído como burlarse de las almas crédulas, reirse á costa de los necios, engañar á los más listos y hacer caer en la trampa á los más astutos, en una trampa inofensiva y cómica? ¿Hay algo más delicioso que burlarse con ingenio de la gente logrando que ella misma se ría de su candidez, ó bien, si se enfada, vengarse jugándole una nueva broma?

¡Cuántas, cuántas bromas he hecho en mi vida!

Y también he soportado algunas muy graciosas. Sí, algunas hice verdaderamente tremendas. Una de ellas causó la muerte de una de mis víctimas. No fué mucho lo que se perdió. Algún día la explicaré; pero ahora no sé cómo hacerlo, porque el asunto es peliagudo á más no poder, créanme ustedes. Se verificó en un pueblecillo de los alrededores de París. Todos los testigos de ella lloran aún de risa por más que costó la vida á la víctima. ¡Paz á su memorial

Hoy quiero contar dos: una que padecí yo, otra que le jugué á una vieja.

Empecemos por la primera, que me parece menos graciosa, quizá porque representé el papel de víctima.

En otoño acostumbraba á ir á cazar á una quinta de Picardía, propiedad de unos amigos. Estos eran bromistas empedernidos, pues sólo con bromistas me trato.

Cuando llegué me hicieron una recepción tan calorosa, que empecé á desconfiar. Dispararon escopetas, me abrazaron, me mimaron como si esperasen divertirse á mi costa y yo me dije: «Atención, amigo mío; alguna cosa han tramado».

Durante la comida la alegría fué extremada, har-

to ruidosa. Y pensaba: «Esta gente se regocija demasiado sin razón aparente. Deben esperar algo sonado, una trastada magistral. De fijo que me la jugarán á mí. Estemos alerta».

Durante toda la velada se rieron de un modo exagerado. Presentía una broma, como el perro huele la caza. Pero ¿cuál? Estaba apercebido, inquieto, no dejaba de analizar ni un ademán ni una palabra. Todo me parecía sospechoso; hasta la cara de los criados.

Dió la hora de acostarse y me condujeron á mi cuarto procesionalmente. ¿Por qué? Me dieron las buenas noches. Entré, cerré la puerta y no adelanté un paso; permanecí con la palmatoria en la mano.

Oía reír y cuchichear en el corredor. Sin duda me espían. Yo miraba las paredes, el techo, el suelo, los muebles. No advertí nada sospechoso. Oí pasos junto á la puerta. Sin duda me miraban por la cerradura.

Se me ocurrió una idea: «Acaso me apaguen la luz de pronto y me dejen á obscuras». Encendí todas las bujías de la habitación. Miré de nuevo en torno; pero no vi nada alarmante.

Di una vuelta por la habitación, despacito. Nada. Examiné todos los muebles y objetos. Nada. Me

acerqué á la ventana. Las hojas de madera estaban abiertas. Las cerré con cuidado, cogí las cortinas, que eran de pesado terciopelo, y puse una silla detrás de ellas para no tener nada que temer de fuera.

Entonces me senté con precaución. La butaca era sólida. No me atrevía á meterme en cama. Pero pasaba el tiempo y comprendí que estaba haciendo un papel ridículo. Si me espiaban, como creía, para ver el buen éxito de la broma, debían reirse á carcajadas de mi terror.

Resolví, pues, acostarme. Pero la cama era lo que más recelos me inspiraba. Tiré del pabellón. Parecía bien afianzado. Allí estaba, sin embargo, el peligro. Acaso iba á recibir una ducha helada del cielo de la cama, ó bien, apenas acostado, me hundiría con los colchones. Pensaba en todas las bromas hechas y por hacer y no quería ser víctima de una de ellas.

Entonces se me ocurrió una precaución que juzgué soberana. Cogí suavemente el colchón y las sábanas y colcha y los arrastré al centro del cuarto, arreglándolo todo como mejor pude, lejos de la alcoba sospechosa. Luego apagué todas las luces y volví junto al colchón y me acosté á oscuras.

Permanecí una hora despierto por lo menos, es-

tremeciéndome al menor ruido. Todo parecía tranquilo en la quinta. Me dormí.

Debí dormir mucho tiempo y con sueño profundo; pero de pronto me desperté sobresaltado sintiendo la caída de un cuerpo pesado sobre el mío y, al mismo tiempo, recibí en la cara, en el cuello, en el pecho un líquido caliente que me hizo lanzar un grito de dolor. Y un ruido espantoso, como si cayera un aparador cargado de vajilla, atronó mis oídos.

Me ahogaba bajo la masa que me cayera encima y que no se movía. Tendí las manos para reconocer qué era aquello. Encontré una cara, una nariz, unas patillas. Entonces asesté un puñetazo magistral al intruso. Pero inmediatamente recibí una serie de bofetones que me hicieron saltar de un brinco, de la cama mojada y escapar, en camisa, al corredor, el cual veía por la puerta abierta.

¡Oh estupor! El sol estaba alto. Acudieron al ruido y hallaron, de bruces sobre la cama al lacayo que me traía el té. Al tropezar con mi cama improvisada, me cayó encima, vertiéndome, bien á su pesar, el almuerzo sobre la cara.

Las precauciones tomadas de cerrar la ventana y

de acostarme en mitad del cuarto, me habían jugado la temida broma.

¡Cuánto se rieron mis amigos!

*
* *

La otra broma que quiero contar data de mi primera juventud. Tenía quince años y pasaba las vacaciones con mis padres en una quinta de Picardía.

A menudo teníamos de visita una vieja señora de Amiens, regañosa, insoportable, mogigata y vengativa. No podía tragarme y aprovechaba todas las ocasiones para fastidiarme. ¡Buena bruja estaba!

Se llamaba la señora Dufour y llevaba una peluca muy negra, aun cuando ya tenía más de sesenta años, y se colocaba sobre aquel apéndice piloso, una ridícula cofia blanca con lazos de color de rosa.

Se la respetaba porque era rica. Yo la detestaba cordialmente y decidí vengarme de ella.

Acababa de examinarme de química y me habían sorprendido los efectos de una substancia que se llama fosfuro de calcio, la cual, echada al agua, se inflama, detona y lanza un humo blanco muy pestilente. Había podido procurarme algunos puñados de aquella droga y me prometía divertirme en grande con ella.

Tenía un primo de mi misma edad. Le comuniqué mi proyecto; pero le asustó mi audacia.

Una noche, mientras toda mi familia estaba reunida en el salón, penetré furtivamente en la habitación de la señora Dufour y me apoderé (perdón, señoras) de un recipiente de forma redonda que se acostumbra á colocar cerca de la cama.

Después de asegurarme de que estaba bien seco, deposité en su cavidad un puñado, un gran puñado de fosfuro de calcio.

Luego fui á ocultarme en un rincón esperando el momento oportuno. Gran ruido de voces y pasos me indicó que todos se retiraban. Entonces, con grandes precauciones y descalzo fui á mirar por el ojo de la llave á mi enemiga.

Se desnudaba despacio y dejaba con cuidado las

prendas de ropa. Se despojó de ellas y se puso un largo peinador blanco que parecía pegado á sus huesos. Tomó un vaso, lo llenó de agua y hundiendo una mano en la boca, como si quisiera arrancarse la lengua, sacó de ella algo blanco y sonrosado que dejó en el agua. Tuve miedo como si presenciase algún misterio vergonzoso y terrible. Era la dentadura postiza.

Luego se quitó la peluca negra y apareció su cráneo casi pelado con unos pocos cabellos blancos, y casi no pude contener la risa: tan rara era aquella cabeza. Luego rezó, se levantó, se acercó al instrumento de mi venganza, lo dejó en el suelo en mitad de la habitación y poniéndose en cucullas, lo cubrió enteramente con el peinador.

Esperaba yo palpitante. Ella estaba tranquila, parecía contenta. Yo esperaba... también contento como quien va á vengarse.

Oí primeramente un ligero ruido, como un chapoteo, luego una serie de detonaciones como un fuego graneado lejano.

En un instante se transformó de un modo horroso y sorprendente el rostro de la señora Dufour. Sus ojos se cerraron, se abrieron, volvieron á cerrarse y luego se levantó de pronto con una ligereza de la que no la creyera capaz y miró...

El cachivache blanco crepitaba, detonaba, se inflamaba, y un humo espeso, misterioso, horrible como el de un sortilegio, subía hacia el techo.

¿Qué debió pensar la pobre mujer? ¿Imaginó que aquello era una treta del diablo? ¿Que padecía una enfermedad espantosa? ¿Creyó que aquel fuego que había salido de su vientre iba á roerle las entrañas ó explotar como un volcán?

Permanecía en pie, aterrorizada, mirando el fenómeno. Luego, de pronto, lanzó un grito estridente y cayó de espaldas.

Escapé y me metí en la cama y cerré con fuerza los ojos, como para probarme á mí mismo que no había hecho ni visto nada, que no me había movido de mi cuarto.

Me decía: «Está muerta. La he matado.» Y escuchaba con ansiedad los ruidos de la casa.

Todo eran idas y venidas y cuchicheos; luego oí que se reían; luego recibí una tanda de bofetones aplicados por la mano paternal.

Al día siguiente la señora Dufour estaba muy pálida. A cada instante bebía agua. Acaso, y á pesar de lo que afirmaba el médico, trataba de apagar el fuego que creía encerrado en sus entrañas.

Desde aquel día, cuando hablan delante de ella de

enfermedades, lanza un profundo suspiro y murmura: ¡Oh, señora! ¡Si usted supiese! ¡Hay enfermedades tan raras!...

Y nunca se explica con más claridad.

EN OTRO TIEMPO

En otro tiempo

La quinta, de estilo antiguo, está en una colina arbolada; troncos centenarios le rodean de una fronda obscura y el parque infinito extiende sus perspectivas hacia los lejanos bosques y hacia las aldeas vecinas. A pocos metros de la casa hay un estanque en el cual se bañan señoras de mármol y otros estanques se suceden unos á otros en gradación agradable hasta el pie del otero, y un manantial abundoso despeña sus aguas de uno en otro.

Desde el viejo edificio que aun aparece gallardo, como una coqueta momificada, hasta las grutas incrustadas de conchas de mariscos, donde dormitan amores de otro siglo, todo en aquel antiguo dominio ha conservado el aspecto de otras edades; todo parece hablar aún de costumbres antiguas, de há-

bitos ya olvidados, de galanterías pasadas y de las elegancias graciosas y ligeras que tanto gustaban á nuestras abuelas.

En un saloncito Luis XV cuyas paredes están cubiertas de pastores que galantean á las zagalas, de hermosas damas de faldas ahuecadas y de hidalgos galantes y rizados, una mujer muy vieja, que parece muerta cuando cesa de moverse, está casi tendida en un ancho sillón y deja colgar las manos huesudas de momia.

Su mirada velada se pierde por las profundidades del parque, como si siguiera con el pensamiento las visiones de su juventud. A veces entra una bocanada de aire por la abierta ventana y trae olor de hierbas y aroma de flores. Hace revolotear sus cabellos blancos en torno de la frente arrugada y los recuerdos antiguos en su pensamiento.

A su lado, en un taburete de tapicería, una joven de rubias y largas trenzas, borda un ornamento sagrado. Tiene los ojos soñadores y mientras trabajan sus dedos ágiles se advierte que sueña.

Pero la abuela vuelve la cabeza y dice:

— Berta, léeme los diarios á fin de que pueda saber lo que ocurre en este pícaro mundo.

La joven toma un periódico y lo mira un momento.

— Hay muchas cosas de política, abuela. ¿Las salto?

— Sí, sí, monina. ¿No hay cosas de amor? ¿Ha muerto ya la galantería en Francia, puesto que no hablan de raptos y de aventuras como en otro tiempo?

La joven buscó con atención.

— ¡Ajaja! Ya hallé algo. Se titula: «Drama de amor.»

La viejecita sonrió.

— Léeme eso, chiquilla.

Berta empezó. Era una venganza horrible. Una mujer para vengarse de la querida de su marido le había quemado cara y ojos con vitriolo. Salió de la Audiencia absuelta y limpia de toda mancha entre los aplausos de la multitud.

La anciana no cesaba de decir:

— ¡Es horroroso, horroroso! Busca algo mejor, niñita mía.

Berta buscó y, más lejos, también en la sección de tribunales, leyó: «Sombrío drama.» Una costurera, ya machucha, se había entregado á un joven; luego para vengarse de su amante, que era inconstante, le pegó un tiro. El desdichado quedaría lisiado. Los jurados, gente moral, aprobaron el amor

ilegítimo de la homicida y la absolvieron libremente.

Esta vez la abuela no pudo contenerse y exclamó con acento tembloroso:

—¿Estáis locos hoy día? Sí, estáis locos. Dios os ha dado el amor, la sola seducción de esta vida; el hombre añade á él la galantería, que es la única distracción de las horas, y echáis á perder uno y otro con vitriolo y revólvers, que es como si se mezclara barro al vino de España.

Berta parecía no comprender la indignación de su abuela.

—Pero, abuela; esa mujer se ha vengado. Piense usted que estaba casada, y que su marido la engañaba.

La vieja pegó un respingo.

—¿Qué ideas os imbuyen hoy día, chiquilla?

Berta replicó:

—El matrimonio es sagrado, abuela.

La abuela sintió estremecer su corazón de mujer nacida en el gran siglo de la galantería.

—El amor es lo sagrado—dijo.—Oye, hija mía, á una vieja que ha conocido tres generaciones y que ha estudiado mucho á los hombres y á las mujeres. El matrimonio y el amor no tienen nada que ver,

son dos cosas distintas. Las gentes se casan para constituir una familia y las familias constituyen la sociedad. Esta no puede prescindir del matrimonio. Si la sociedad es una cadena, cada familia es un eslabón. Para soldar esos eslabones se busca siempre metales parecidos.

Cuando uno se casa es necesario unir las conveniencias, combinar las fortunas, pintar razas semejantes, trabajar en pro del interés común que son los hijos y la riqueza. Sólo se casa una vez, hija mía, porque la sociedad lo exige; pero se puede amar veinte veces durante la vida, porque así lo quiere la naturaleza. El matrimonio es una ley y el amor es un instinto que tan pronto nos empuja á la derecha como á la izquierda.

Se ha promulgado leyes que combaten nuestros instintos; era necesario. Pero los instintos son siempre los más fuertes y no se les debería resistir, porque provienen de Dios, mientras las leyes sólo provienen de los hombres.

Si no se perfumaba la vida con el aroma del amor, como se azucara la medicina del niño, nadie quisiera aceptarla tal cual es.

Berta, asombrada, abrió desmesuradamente los ojos, y murmuró:

—¡Oh, abuela! No se ama más que una sola vez.

La abuela levantó en alto los brazos, como invocando aún al difunto Dios de las galanterías, y exclamó indignada:

—Sois una raza de villanos, de pecheros. Desde la Revolución ha cambiado el mundo. Habéis inventado palabras altisonantes para todas las acciones y deberes fastidiosos para hacer aburrida la existencia; creéis en la igualdad y en la pasión eterna. Ha habido hombres que han hecho versos para deciros que se muere de amor. En mi tiempo se hacía versos para enseñar á los hombres á amar á todas las mujeres. ¡Y nosotras!... Cuando un hidalgo nos gustaba, hijita, le enviábamos el paje. Y cuando el corazón sentía un nuevo capricho, pronto se despedía al otro amante... ó se conservaba á los dos.

La vieja sonreía con socarronería y en sus ojos grises chispeaba la malicia de aquellas gentes que no se creían de la misma pasta que los demás y que vivían á fuer de señores para quienes no rezan las comunes creencias.

La joven, muy pálida, balbució:

—De modo ¿que las mujeres no tenían honor?

La abuela cesó de reír. Si había guardado algo de la ironía de Voltaire, conservaba también resabios de la filosofía inflamada de Juan-Jacobo.

—¡Sin honor! ¿Por qué se amaba y se decía y se alababa de ello? Mira, muchacha, si una de nosotras, que éramos las más nobles damas de Francia, no hubiese tenido amante, la corte entera se hubiese mofado de ella. Las que querían vivir de otro modo, entraban en un convento. Acaso imagináis que vuestros maridos os amarán toda la vida. ¡Como si eso pudiera ser! Te digo que el matrimonio es una cosa necesaria para que la sociedad viva; pero que es contrario al espíritu de nuestra raza, ¿comprendes? Sólo una cosa buena hay en la vida, el amor.

Y como le comprendéis mal, como le echáis á perder, le convertís en una cosa solemne como un sacramento ó en algo que se compra y se vende, como un traje.

La joven tomó entre sus manos las manos arrugadas de su abuela.

—Cállate, abuela, te lo suplico.

Y de rodillas, anegados los ojos en lágrimas, pe-

día al cielo una gran pasión, una pasión eterna conforme al ensueño de los poetas modernos, en tanto que la abuela, la besaba en la frente y, penetrada aún de esa graciosa y sana razón de la cual los filósofos galantes del siglo xviii imbuyeron á las gentes, murmuraba:

—Cuidado, niña mía; si crees en tales locuras, serás muy desdichada.

EL BORRACHO

El borracho

El viento del norte soplaba tempestuoso, arrastrando por el cielo negras nubes de invierno que dejaban escapar de cuando en cuando tremendos chaparrones.

El mar alborotado mugía y azotaba la costa, lanzando sobre la playa olas enormes, lentas y espumosas que rompían con fragor de artillería. Avanzaban suavemente, una tras otra, altas como montañas, esparciendo en el aire, á impulsos de las ráfagas, la espuma blanca de sus crestas, como un sudor de monstruos.

El huracán se precipitaba en el vallecito de Yport, silbaba y gemía, arrancando las pizarras de los tejados, rompiendo las hojas de las ventanas, tirando

las chimeneas y soplando de tal modo en las calles que era imposible pasar por ellas sin agarrarse á las salientes de las paredes. Un niño hubiese sido arrastrado como una hoja seca por sus ráfagas impetuosas.

Se había llevado las barcas hasta las calles de la aldea, porque el mar iba á barrer la playa en la marea alta, y algunos marineros ocultos detrás de las barcas, contemplaban aquella ira del cielo y del agua.

Pero desfilaban uno tras otro porque avanzaba la noche, envolviendo la tempestad y el estrépito de los elementos furiosos.

Dos hombres permanecían aun cerca de la playa, algo encorvados para resistir mejor la furia del viento, con las manos en los bolsillos y el gorro de lana hundido hasta el cogote. Eran dos robustos pescadores normandos, con un collar de áspera barba, con la piel requemada por las ráfagas saladas del mar, los ojos azules con un punto negro en el centro, ojos de marino que ven en las profundidades del horizonte como un ave de rapiña.

Uno de ellos dijo:

—Ea, vámonos, Jeremías. Vamos á jugar al dominó. Soy yo quien paga.

El otro vacilaba aun, tentado por el juego y por el aguardiente, sabiendo que se embriagaría si entraba en la taberna de Plumelle, contenido por el recuerdo de su mujer, que estaba sola en casa.

Preguntó:

—¿Has hecho la apuesta de emborracharme cada noche? ¿Qué sacas de ello, pues pagas siempre?

De todos modos le causaba risa la idea de beber á costa del otro y reía con risa de normando satisfecho.

Maturino, su camarada, le tiraba por el brazo.

—Ea, vente. Mala noche para acostarse sin calor en la barriga. ¿Qué temes? ¿No te calienta la cama tu mujer?

Jeremías contestó.

—La otra noche no supe encontrar la puerta... Tuvieron que recogerme del arroyo, cerca de mi casa.

Se reía de aquel recuerdo de borracho y poco á poco se acercaba á la taberna cuyos cristales iluminados relucían; se aproximaba empujado por Maturino y por el viento, y no se sentía capaz de resistir á aquellas fuerzas reunidas.

La sala estaba llena de marineros, de humo y de bullicio. Todos, vestidos de lana y de codos sobre

las mesas, vociferaban para hacerse oír. Cuantos más bebedores entraban más había que esforzar la voz para dominar la de los otros y el ruido de las fichas, que se colocaban dando un gran golpe sobre la mesa, sin duda para armar más ruido.

Jeremías y Maturino fueron á sentarse en un rincón y empezaron una partida, en tanto que las copas desaparecían una tras otra en las profundidades de sus gargantas.

Luego jugaron otras partidas y bebieron más copas. Maturino vertía sin cesar, guiñando el ojo al patrón, un tío encarnado como un pimiento, que se reía como si supiera que se trataba de una gran broma. Y Jeremías trasegaba el alcohol, lanzando carcajadas que parecían rugidos y mirando á su compañero con expresión entontecida y contenta á la par.

Los parroquianos desfilaban y cada vez que uno de ellos abría la puerta, entraba una violenta ráfaga de aire, que arremolinaba el humo de las pipas, balanceaba las lámparas y hacía vacilar sus llamas, y de repente se oía el choque sordo de una ola y el fragor de la borrasca.

Jeremías, con el cuello desabrochado, tomaba posiciones con una pierna tendida y un brazo colgando, y con la otra mano jugaba al dominó.

Ahora estaban solos con el patrón que se había acercado con gran interés.

Preguntó:

—¿Qué tal, Jeremías? ¿Te has refrescado ya á fuerza de beber?

Jeremías tartamudeó:

—Cuanto más bebo más seco tengo el gaznate.

El tabernero miraba á Maturino con sorna. Preguntó:

—Y tu hermano, Maturino; ¿dónde debe estar ahora?

El marino rió entre dientes.

—Ya está abrigado, pierde cuidado.

Los dos miraron á Jeremías que ponía triunfalmente el doble seis, anunciando:

—El alcalde.

Al terminar la partida, el patrón declaró:

—Chicos, yo me voy á acostar. Os dejo la lámpara y un litro. Vale una peseta. Cierra la puerta por fuera, Maturino, y tira la llave por debajo como hiciste el otro día.

Maturino replicó:

—No temas. Así lo haremos.

Paumelle estrechó la mano de sus dos parroquianos y subió lentamente la escalera de madera. Du-

rante unos minutos resonó su pésado paso en la casa, y después un crujido tremendo reveló que se había puesto en la cama.

Los dos compadres continuaron jugando; á veces una ráfaga más violenta que las otras sacudía la puerta y hacía retemblar las paredes, y los dos jugadores levantaban la cabeza como si fuese á entrar alguien. Luego Maturino tomaba el litro y servía aguardiente á Jeremías. De pronto el reloj de pared dió media noche. Su timbre ronco hacía un ruido de cacerolas y los golpes vibraban largo rato con ruido de hierros viejos.

Maturino se levantó en seguida, como un marino que termina su cuarto.

—Ea, Jeremías, vámonos.

Jeremías se levantó con trabajo, apoyándose en la mesa; luego ganó la puerta y la abrió, mientras su compañero apagaba la lámpara.

Cuando estuvieron en la calle, Maturino cerró la tienda y dijo:

—Ea, buenas noches; hasta mañana.

El desapareció en la obscuridad.

* * *

Jeremías dió tres pasos, luego osciló, extendió las manos, topó con una pared, que le sostuvo, y volvió á ponerse en marcha tropezando. A veces una ráfaga tremenda le empujaba y le hacía correr durante unos segundos; luego cuando terminaba la violencia del viento, se detenía en seco y luego volvía á ponerse en marcha tambaleándose.

Iba por instinto hacia su casa, como los pájaros van al nido. Descubrió por fin su puerta y empezó á palpar para dar con la cerradura. No encontraba el agujero y blasfemaba á media voz. Luego dió tremendos puñetazos llamando á su mujer para que viniese á ayudarle.

—¡Melinal! ¡Eh! ¡Melinal!

Apoyándose en una de las hojas para no caerse, se abrió, y Jeremías, perdiendo el punto de apoyo, penetró en su casa desplomándose, cayendo de bruces. Sintió que algo pesado le pasaba por encima del cuerpo y huía hacia la calle.

No se movía, transido de miedo, pues le aterrizaban el diablo, los fantasmas, todos los misterios de las tinieblas, y esperó largo rato sin atreverse á hacer un movimiento. Luego, como vió que no se oía nada, recobró algo el sentido, la razón obscura del borracho.

Se sentó, esperó un rato más y atreviéndose por fin, gritó:

—¡Melina!

Su mujer no contestó.

Entonces, de repente, una duda, una sospecha nació en su mente turbada. No se movía. Continuaba sentado en el suelo, á obscuras, reuniendo sus ideas, haciendo reflexiones desordenadas y vacilantes como sus pies.

Preguntó de nuevo:

—Dime quién era, Melina. Dime quién era. No te pegaré.

Esperó. Ninguna voz resonó en las tinieblas. Jeremías se puso á razonar en alta voz.

—¡Estoy borracho de veras! ¡Como una cuba! El canalla es el que me ha puesto así; sí, para que no sepa dar con mi casa. ¡Vaya una borrachera!

Y añadió:

—Dime quién era, Melina, ó voy á cometer una brutalidad.

Después de callar un rato, continuaba con la lógica y la obstinación de los beodos.

—¡El es quien me entretiene en casa de ese indecente de Paumelle; y lo hace cada noche, para que no vaya temprano á casa. ¡Ah, canalla!

Repitió:

—Dime quién era, Melina, ó va á llover; te lo prevengo.

Estaba ahora en pie, estremecido por una cólera repentina, como si el alcohol que llevaba en el cuerpo se hubiese inflamado en sus venas. Dió un paso, topó con una silla, la cogió, anduvo unos pasos más, tropezó con la cama, la palpó y encontró dentro el cuerpo tibio de su mujer.

Entonces, ardiendo en ira, gruñó:

—¡Ah! Estabas aquí, bribona, ¿y no respondías?

Y levantando la silla que empuñaba con su mano robusta de marinero, la bajó con furia hacia la cama. De ésta salió un grito desesperado, desgarrador.

rrador. Entonces empezó á golpear como uno que apalea trigo. Nada se movía en la cama. La silla se rompía en pedazos; pero le quedaba un barrote en la mano y pegaba sin descanso, anhelando.

De pronto se detuvo para preguntar:

—¿Me dirás quién era?

Melina no contestó.

Entonces, rendido de fatiga, idiotizado por la violencia de su cólera, se sentó de nuevo en el suelo, se tendió y se durmió.

Al día siguiente, un vecino, viendo la puerta abierta, entró. Vió á Jeremías que roncaba en el suelo donde había los restos de una silla, y, en la cama, una masa informe de carne y de sangre.

MOSCA

UNIVERSIDAD DE MONTREAL
BIBLIOTECA DE LA FACULTAD DE LETRAS
"ALFONSO VALDEZ"
Año 1925 MONTREAL, QUEBEC